



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 18 DE OCTUBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Visitas y viajes sorprendivos

GENTE QUE SE GANA EL CIELO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La historia comenzó con un proyecto para el que yo necesitaba financiamiento especial: debía realizar un pago cuantioso, en efectivo, para adquirir en ganga una flotilla de jets. Yo no contaba aún con una vista aguda para los negocios, pero un amigo me dijo: "Raúl, estas oportunidades solo aparecen una vez en la vida". No era que yo necesitara jets privados para mis viajes; sino que la flotilla me abriría la puerta grande para los negocios con el gobierno.

La opción de financiamiento más barato implicaba dejar los activos de las empresas en garantía, y la casa en la que vivía con mi esposa e hija. No me pareció riesgoso, pero preveía que en el futuro cercano habría un posible retraso de los pagos del préstamo, quizá únicamente durante algunos meses. Una parte del dinero que recibí, lo tomé directamente de mi amigo, quien se volvió socio inversionista del proyecto. A la vez, me hizo firmar algunos pagarés en garantía. Decidimos que, si llegaba la necesidad de retrasar pagos del préstamo, sería de uno de los pagos que tuviera que hacerle a él, no al banco.

Luego vino el otro asunto. Habían pasado un par de años de que la esposa de mi socio había dado a luz a su último hijo, y él me pidió que la ayudara para que volviera al mercado de trabajo. Las cosas se complicaron... ella buscaba una aventura. Y se dio, lamentablemente, por un tiempo, hasta que yo puse un alto a la relación. Fue como el deshielo de un iceberg para ella. Me buscó y yo la congelé.

Hasta que un día, su marido enfermó. Comenzó con una gripa y terminó internado en el hospital, con un virus que se le extendió por todo el cuerpo. Intentaron de todo; me consta. Yo aporté para los gastos y para que un especialista del extranjero viniera a revisarlo. Nadie pudo.

Ocurrió el retraso de mis pagos. Se extendió como lo tenía previsto, durante varios meses. Hasta que mi socio falleció. Su mujer no mencionó nada sobre los pagarés, ni yo. Pero ella estaba enterada, dejó que los intereses se acumularan durante dos años. Mi deuda se infló como globo que irrumpe en los cielos. Y la mujer no tuvo compasión: Intentó hacer válidos los pagarés cuando llegó la última crisis económica que, con la misma deuda, me llevó a perder todos mis negocios.

Tanto trabajo acumulado y vino eso: una sombra espesa que me ahogó. Busqué refugio hasta en las coladeras. Mi mujer me abandonó. Me convencí de que estaba viviendo un castigo de Dios, pero eso mismo me daba fortaleza para seguir. Continué... años más de trabajo continuo, con el objetivo de rehacer todo. Trabajé sin descanso elaborando planeaciones financieras y contables que pudieran reducirles el pago de impuestos a mis clientes: empresas constructoras. Fui creciendo hasta que pude volver a comprar la más pequeña de mis antiguas empresas.

¿Cómo arribar, desde donde estaba, de nuevo al éxito? ¿Cómo recuperar el patrimonio que había hecho? Las situaciones cómodas me habían llevado al fracaso. Ignorar a la mujer de mi exsocio,



me arruinó. Tuve miedo de complicarme la vida. Así es que, ahora, la buscaría yo mismo.

Costó trabajo complacerla: fingir que me atraía, fabricarle con mis labios, sueños a su medida, moldeárselos para sostenerlos frente a su mirada sorprendida. Me descubrí creyendo en ellos. Hasta que llegó la oportunidad de mi venganza. Lo confesó: había envenenado a mi socio, dándole a beber café mezclado con una toxina a base de bacterias. Eso le provocó a él, al inicio, una neumonía.

¡Cierto!... pienso que lo que cada uno de nosotros hizo, estubo un poco mal. Pero la vida a veces tiene accidentes y equivocaciones, y no queda más que aceptarlos. Sin más. Por esos estamos aquí, ¿no?, ingresando a prisión. Si no, la gente que se gana el cielo, ¿de qué otra manera se lo ganaría?

EL INFIERNO NO ES PARA TODOS

OLGA DE LEÓN G.

Mi hija, sorprendida de que el cirujano comenzó a abrir su pequeña maleta y daba algunas instrucciones al enfermero que lo asistiría, solo atinó a preguntar:

- ¿Aquí la intervendrá?, Doctor. - Sí. - ¿Cuánto tardará? - Quince minutos después de que le aplique la anestesia en toda la zona.

- ¡Ah...! - Entonces, viendo que nadie le pedía salir, Camila solo se hizo hacia atrás y allí se quedó.

- El doctor me advierte que la anestesia me arderá como chile muy picante.

- Pero luego, solo sentirá que le mueve y junto partes de su piel, sin dolor; - allí, fue cuando supliqué: - Médico, solo haga lo más fino que pueda su bordado, yo tendré paciencia. Y se rieron ambos, él y mi hija.

- Casi no se le notarán las cicatrices. Generalmente son un poco visibles, pero con el tiempo irán disminuyendo. Además, las mujeres tienen un gran aliado, el maquillaje.

- Sonreí y volví mis ojos más allá del

techo, miré hacia el cielo, en silencio. ...para luego, empezar a hablar sin parar. La anestesia y los analgésicos fueron un raro coctel que me volvió una parlanchina durante media hora, hablé tanto como aquel pajarillo que cantaba en la rama del naranjo, antes de mi accidente, en el patio de la casa donde estábamos mi hija y yo.

- De pronto, su dulce canto enmudeció con mis gritos de dolor lanzados al viento, mientras mi cabeza golpeaba y volvía a golpear el duro y áspero piso. Todo se volvió negro con lluvia de gruesas gotas púrpuras que pronto formaron un tapiz en el suelo. Ahora, sobre una camilla que impulsaba un hombre de blanco, tuve la impresión de que el pajarito nos seguía, volando muy cerca del techo y las lámparas de luz, aleteando suavemente y girando su pequeña cabeza para confirmar que seguíamos en la ruta.

En la casa de la ciudad, todo era paz, tranquilidad y trabajo de escritorio. Mi esposo no sospechaba lo que en la casa de verano había sucedido. Esa mañana le avisé de mis planes para visitar la casa de campo, y que probablemente no iría sola. Nuestra hija llegaría más tarde.

Camila llegó temprano, tenía que dar su clase de Ballet en línea y por ello, necesitaba armar la escenografía, instalarse en la salita conectada a Internet para entrar por "zoom" con sus alumnas de puntas del quinto año. Dejaría todo listo para empezar veinte minutos después de comer. Comimos muy a gusto y tranquilas.

Fue entonces, cuando mi hija recién había empezado su clase a distancia, que la rueda de la vida nos alteró todo. Camila casi volaba conmigo en su camioneta.

Cinco minutos atrás, gruesas perlas púrpura habían quedado sembradas junto a los rosales blancos, y fueron marcando camino del asador hasta la entrada a la cocina. El pajarito no cantó más.

Llevada de la mano y abrazo de mi

hija, llegamos al hospital: íbamos con un par de impecables toallas blancas, una que ella mantenía sobre mi frente, y otra que puso en mi mano para que yo contuviera la sangre que seguía brotando -cual fuente imparable- desde encima de mi nariz.

Y no vi las manchas en mi blusa sino hasta media hora después, cuando me la quitaron para calarme la bata blanca con que me subirían a la camilla, que ahora dejaba de correr... y ya detenida junto a una puerta abierta, oí que alguien decía: ya está aquí el cirujano.

En efecto, ni seis minutos pasaron cuando el joven médico estaba frente a mí, haciéndome las preguntas de rigor... y mi hija atrás, pendiente de todo.

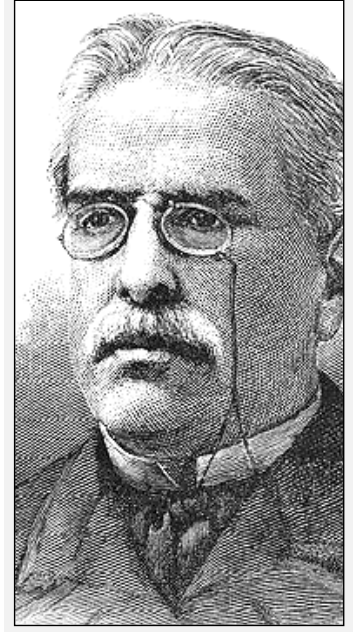
- Finalmente, tuve conciencia de que era demasiado lo que yo platicaba, y que eso podía distraer al médico, mientras sus manos metían aguja e hijo en mi piel, así que opté por callarme. Una hora más tarde, con los quince minutos asegurados por el gentil y excelente cirujano plástico, el bordado en piel, terminó.

Esa tarde, noche, y madrugada del día siguiente hasta las seis de la mañana, los vivimos mi hija y yo como una especie de cuadro surrealista salpicado de realidades intensas y perturbaciones de ánimo:

La sala de espera era una mezcla de Murillo, Rubens al revés, cuadros de novela rusa del siglo XVIII, una Nibola de Unamuno y algún retablo de la Cueva de Montesinos del Quijote. Además del sueño de tres o cuatro prisioneros que tal vez desearían escapar, tras la consulta médica.

La viejecita de cien años, en bata blanca y no más de 40 kilos, doblada su espalda sobre el abdomen, que parecía iba a caerse de su silla en cualquier momento, nunca se cayó.

Llegamos a casa y a nuestra bendita realidad; salvo por mi rostro. Los espejos mostraban algo raro: ¿Acaso, esa era yo? ¡No! ¿En dónde me quedé?



Juan Valera

(Cabra, 1824 - Madrid, 1905) Escritor y crítico español cuya obra se inscribe en una corriente esteticista opuesta al realismo naturalista. Político y diplomático, fue un hombre culto y refinado, cuyo hedonismo no estuvo desvinculado de sus numerosas aventuras amorosas e incluso de su tardío y desgraciado matrimonio con Dolores Delavart, a la que doblaba en edad. Se inició como teórico literario con Ensayos literarios (1844).

En éstos también escribió cuentos y novelas por entregas, pero su entrada definitiva en la narrativa se produjo tardíamente, cuando dio a conocer Pepita Jiménez (1874), la novela española más popular del siglo XIX, en la que, no obstante sus notas costumbristas y su temática amorosa de corte romántico, concretó literariamente sus posturas antirrealistas, sus inquietudes formales y su voluntad de definir una prosa y un estilo depurados.

Más tarde dio a conocer Las ilusiones del doctor Faustino (1875), publicada por entregas. El comendador Mendoza (1877), Pasarse de listo (1878) y Doña Luz (1879). Tras un largo paréntesis y ya afectado por una progresiva ceguera, aparecieron Juanita la larga (1896), también publicada anteriormente por entregas, y Morsamor (1899). Su dominio de una depurada técnica narrativa le permitió valerse de recursos expresivos que ampliaron los registros temáticos de sus novelas, consideradas en sí mismas "cuentos rosas" por algunos críticos.

De hecho, como apuntó José F. Montesinos, "sentía cierto menosprecio por esas obras de imaginación o de entretenimiento, como las llamó, que siempre le parecieran sacadas de quicio cuando acogían problemas arduos o se hacían eco de cuestiones ajenas al puro goce estético". En el caso de Pepita Jiménez, el recurso epistolar para narrar la historia rosa le permitió abrir otros puntos de vista, entre los cuales el del narrador marca un irónico y crítico distanciamiento, que acentuaba su idea básica de que toda obra de arte debía aspirar por principio a la belleza. De ahí que cargara contra la "indocencia docente y humanitaria" de los naturalistas.

También atacó las formas retóricas de los "nuevos filósofos y políticos", aunque él mismo escribió cuentos filosóficos al modo de Voltaire, como El pájaro verde (1860), y La buena fama (1894). Para algunos historiadores de la literatura española, su verdadera importancia hay que buscarla como ensayista, en particular en libros como De la naturaleza y carácter de la novela (1860), cuya publicación precedió su ingreso en la Real Academia Española, y, sobre todo, Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas (1886-1887). En esta última obra confrontó su tesis con las de Emilia Pardo Bazán y de otros naturalistas, y abogó por un arte narrativo comprometido con la "verosimilitud artística" y, consecuentemente, desvinculado de toda ideología o fidelidad a la realidad social.

ad pédem literae

La esclavitud más denigrante es la de ser esclavo de uno mismo

Séneca

Letras de buen humor

Le expliqué que el mundo es una sinfonía, pero que Dios toca de oído

Ernesto Sábato

Enrique Márquez

México y los otros

merecía, como dictum del Estado, ser pintada para ser mirada, para ser admirada, en sus indígenas glorificados, en los hombres en llamas clamando justicia, en las mazorcas, machetes, sombrerazos, kopies y uno y mil bigotes o en los cuarenta y siete personajes que recorren cuatro siglos de ejemplar historia patria en el "Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central", de Diego Rivera.

II. Con las causas del mundo. Pero los mexicanos de hoy, el enjambre potente de la nueva inteligencia social surgida con el Covid, aconseja que México debe dejar de ad-mirarse el ombligo (así sea de la luna) para estar culturalmente con el mundo en sus más urgentes y recientes causas.

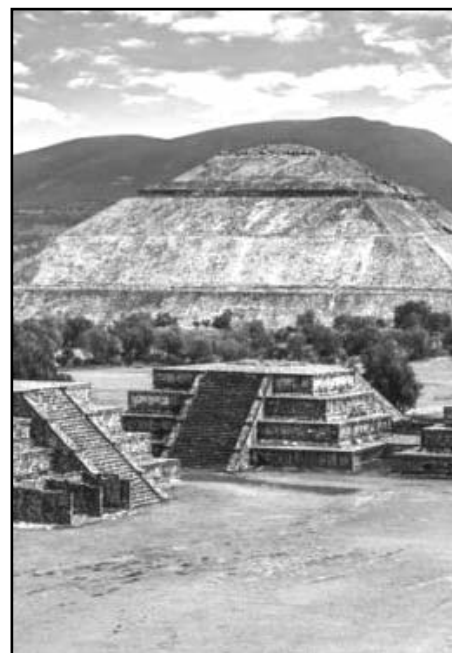
De ahí la importancia de la nueva Diplomacia Cultural mexicana que busca hacer de la conversación, del diálogo intercultural, la mejor estrategia para estar con "los otros", en ese mundo de fracturas, fronterizaciones y explosiones de separatismo y discriminación que vivimos. Porque de lo que se trata es de cargar de valor un nuevo proyecto común. Y la cultura no puede más que proyectar esa legítima aspiración.

Así lo hicieron en su circunstancia Henri Bergson, Albert Einstein, Marie Curie, Paul Valéry, Sigmund Freud, Aldous Huxley, Thomas Mann y muchos otros, que en 1924, muy afectados por las lecciones y horrores de la Primera Guerra, fundaron el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual para tratar de para fomentar a través de la cultura un nuevo orden de paz después de la confrontación.

A través del método de los diálogos culturales, como el organizado en esos años con motivo del Centenario de Goethe, o de las conversaciones y correspondencias como la que sostuvieron Einstein y Freud (1932) a partir de la punzante pregunta ¿Por qué la guerra?, los hombres de la cultura de entonces hicieron de ella un estado de permanente construcción social y solidaridad.

III. Salir de nosotros. La cultura debe servir a la integración y no al conflicto o la confrontación. Nada más contrario que esto a su naturaleza.

Y el estar con "los otros" quiere significar tolerancia y respeto a su ser cultural. Vivimos en un mundo de culturas propias que conviven en una cultura



común multicultural.

Y esto aplica, por ejemplo, a nuestras comunidades de mexicanos en Estados Unidos que requieren de diversas formas de protección incluyendo a la cultural ante el supremacismo lingüístico y diversas formas de discriminación, aunque aspiran finalmente a la mejor integración, a convivir con respeto con la cultura sajona.

Salir de nosotros, mirar a los otros, actuar con ellos.

Esa es la ruta por recorrer.

I. No había más ruta que la nuestra. Después de la ocupación de Francia en 1941, Benjamin Péret, uno de los poetas más importantes e influyentes del surrealismo, pasó en México casi cinco años de exilio. Al regresar a su país, al preguntársele, en un programa de radio, por el impacto que estaba teniendo ese movimiento artístico en nuestro país, diría, tajante, no sin razón: "A los mexicanos sólo les interesa México."

Imposible negar, aun hoy, el poderoso ensimismamiento que nos caracteriza sobre todo en el espacio de la cultura, de una cierta cultura.

Porque esta recurrente vocación nacional por el apartamiento, esta manía de sentirnos únicos y singulares hasta más no poder ("México, gran potencia cultural", "México, magia y encuentro", "México-México-ra-ra-ra" y, como afirmó el inefable Siqueiros: "No hay más ruta que la nuestra"), sin negar la importancia de nuestros bienes culturales todos, no deja de ser un legado más que vivo del viejo Estado de la Revolución mexicana que hizo de la cultura el instrumento clave de su legitimación y de su sistemática presentación en el mundo.

No suena por eso extraño que en un artículo dedicado a "La cultura mexicana de 1910 a 1960" (Historia Mexicana, El Colegio de México, Vol. 70, Núm. 2, 278), Luis Villoro sugiera que la Revolución que acabó con la dictadura